



## LA SOCIOLOGÍA DE LA EDUCACIÓN EN ESPAÑA. CONVERSACIONES CON LOS SOCIOLOGOS FÉLIX ORTEGA, JULIO CARABAÑA, MARIANO FERNÁNDEZ ENGUTTA Y MARINA SUBIRATS

JULIA VARELA (\*)

**RESUMEN.** A finales del franquismo y durante la primera década de la transición surgieron diversos trabajos de Sociología de la Educación, realizados predominantemente desde una perspectiva crítica, que analizaban las desigualdades sociales ante la Educación. Pese a este primer empuje, las expectativas de desarrollo de esta disciplina se frustraron, en parte debido a diferentes causas, entre ellas, la falta de cauces y recursos institucionales, la ausencia de equipos de investigación, los cambios frecuentes en el sistema educativo... En la actualidad, cuando retorna la cuestión social y las desigualdades sociales se agudizan de nuevo, parece más urgente la consolidación de la Sociología de la Educación. Y para ello es necesario que se produzca una continuidad en las investigaciones y la formación de tradiciones intelectuales compartidas, procesos que están siendo propiciados por la Conferencia de Sociología de la Educación, y que sin duda se verían reforzados si se materializasen las iniciativas en marcha para publicar una revista y fundar una asociación de sociólogos de la Educación.

¿Cómo se ha institucionalizado y cual es la situación actual de la Sociología de la Educación en España? ¿Cuáles son sus características más relevantes? ¿Cómo operan las condiciones sociohistóricas y políticas, pasadas y presentes, en el desarrollo de esta disciplina? ¿Cuáles son sus límites y posibilidades? ¿Hacia dónde se orienta?

Para responder a estas y a otras cuestiones más precisas, que nos permitan objetivar mínimamente el territorio en el que se desenvuelve en la actualidad la Sociología de la Educación, he optado por entrevistar a sociólogos de mi generación que

han investigado en este campo. Con ello pretendo en parte rendir homenaje a sus valiosos trabajos, pese a que soy consciente de que esta elección, como cualquier otra, no está exenta de sesgos. De todos modos pienso que en este caso los entrevistados han sido en buena medida agentes destacados en la institucionalización de la Sociología de la Educación en este país, que siguen estando implicados en las cuestiones educativas y que, por lo tanto, son testigos privilegiados para proporcionar respuestas a las preguntas que les he planteado.

---

(\*) Universidad Complutense de Madrid.

La conversación que mantuve con cada uno de ellos aparece recogida a continuación siguiendo un orden cronológico, y esto explica quizás que las últimas entrevistas tengan una mayor amplitud.

FÉLIX ORTEGA

La suerte seguida por la Sociología de la Educación entre nosotros ha sido, ciertamente, paradójica. Como tú señalas, las expectativas generadas por las primeras cátedras (las obtenidas por Alonso Hinojal y Lerena) no se cumplieron: no hubo una extensión académica de la disciplina ni tampoco una consolidación de la misma en otros terrenos (como el de la investigación). Por el contrario, desde hace algún tiempo (que podemos situar en la década de los noventa) ha habido un auge considerable de la misma, auge más aparente que real.

El panorama inicial no se debe, a mi juicio y frente a lo que sugieres, a que la Pedagogía Social fuese un obstáculo o una alternativa al desarrollo de la Sociología de la Educación. A finales de los setenta y comienzos de los ochenta, la producción teórica y la implantación académica de la Pedagogía Social era escasa. En algunos casos (como por ejemplo Quintana Cabanas) Pedagogía Social y Sociología de la Educación eran cultivadas por la misma persona. Tampoco me parece que la derecha pedagógica de esa época (fuertemente controlada por gente del Opus Dei) pusiera especial énfasis en el cultivo de la Pedagogía Social como contrapuesta a la Sociología. Pienso más bien que los principales obstáculos al desarrollo de esta última en el campo de la Educación hay que buscarlos en los propios sociólogos, que no siempre han considerado como se merece a esta disciplina; la cual, por cierto, tiene hoy una menor y más débil implantación en las licenciaturas de Sociología que en los centros universitarios de Educación.

Decía antes que en la década de los noventa se detecta un creciente interés por la Sociología de la Educación. Un buen indicador de ello es la puesta en marcha de la I Conferencia de Sociología de la Educación. A ella acudió un profesorado muy heterogéneo, esto es, compuesto por personas que no siempre provenían de campos sociológicos. Lo que yo pude apreciar de esta I Conferencia fue que la situación de la Sociología de la Educación era entonces de una más que notable pobreza: teórica (se manejaban acriticamente modelos), empírica (escasos y poco solventes trabajos se estaban haciendo) y académica (no era una disciplina aún consolidada). Pero lo que sí había, y mucho, era un elevado grado de expectativas profesionales: las reformas de los Planes de estudio en las universidades hacían prever un incremento muy alto de las dotaciones de plazas de profesores. Expectativas que se concentraban preferentemente en Escuelas de Magisterio y Facultades de Educación, instituciones tradicionalmente refractarias a la Sociología. Y es en este terreno, en el de la consolidación académica de la disciplina en los centros mencionados, donde sin duda alguna se han dado mayores avances. No sucede lo mismo con las revistas especializadas. Ha habido pocas, la mayoría ha desaparecido y las que quedan son en general publicaciones oficiales cuyo contenido se ve sometido a los mismos vaivenes que se dan en el plano político. ¿Cuál es la situación actual? Me parece que los progresos en el campo teórico y empírico distan de estar a la altura de su actual situación académica. Se siguen empleando esquemas interpretativos con escaso fundamento en nuestra realidad educativa. Ésta no se conoce lo suficientemente bien. Y perduran trasnochadas y estériles disputas metodológicas que sólo conducen a la pasividad o a enfoques que bajo un pretendido criticismo no son sino meras proclamas ideológicas. Y es este aspecto el que genera una extrema debilidad interpretativa de la Sociología de la Educación,

situándola en una clara desigualdad competitiva frente a otros modelos pedagógicos. Por suerte para la Sociología, éstos últimos tampoco están muy boyantes. Pero en todo caso, tengo mis dudas sobre que la Sociología de la Educación (la actual y también la de hace un par de décadas) haya tenido, en términos generales, una aportación relevante a la Educación de nuestra sociedad.

Y, sin embargo, los inicios de esta disciplina, especialmente desde el punto de vista de la investigación, prometían mucho. Me refiero en concreto al Informe Foessa de 1970. Ahora podemos señalar todas las insuficiencias que queramos, pero ya desearía yo que algo similar se estuviera haciendo. Desde luego, en su momento fue una de las grandes aportaciones al debate sobre la Educación. Como tantas otras cosas en nuestra comunidad académica, los fulgores de los inicios desaparecieron tras un largo período de carencias. Por de pronto, ha faltado investigación continuada y sistemática de nuestro sistema educativo. Ha faltado también un trabajo consistente en el terreno teórico. Ya sé que hay excepciones a cuanto acabo de afirmar, pero estas no dejan de ser pequeñas islas en un horizonte de perfiles bajos.

¿Cuáles son las causas de esta situación? Quizá este proceso seguido por la Sociología de la Educación debamos explicarlo también por la tardía fecha en que comienza en España su desarrollo. Cuando lo hace, ya se está detectando su crisis en otros países (Francia y Gran Bretaña en particular). Y esta crisis es la que nos llega importada junto con los modelos teóricos que dan cuenta de una realidad bien diferente de la nuestra. Decía M. Young en la I Conferencia a la que antes me referí, que la denominada *Sociología crítica* de la educación británica había sido una coartada para la política educativa de M. Thachter. Si bien no puede decirse que aquí sucediera lo mismo en aquel momento (pero quizá hoy esté pasando aquí algo similar) es

posible afirmar que el efecto negativo repercutió sobre las propias posibilidades de desarrollo de la Sociología de la Educación, que en no pocos casos, al deslegitimar a la escuela, venía a establecer las bases de su disolución como modelo teórico al quedarse sin objeto. En el sentido contrario, las políticas educativas de los años setenta y ochenta así como el clima dominante de la opinión pública sobre la educación española apenas guardaban sintonía con las especulaciones de nuestra Sociología de la Educación. Podría pensarse que mientras la sociedad en su conjunto era en este terreno durkheimiana, la teoría sociológica era, quizá sin saberlo, postmoderna. En otras palabras: la Sociología de la Educación se encontraba alejada de los problemas —y necesidades— de la realidad.

Sin duda alguna, la educación formal contribuyó decisivamente a la movilidad social a lo largo de las décadas de los sesenta y setenta, y ya en menor medida, en los ochenta. La crisis económica de los setenta y la rápida masificación de la universidad frenaron las posibilidades de ascenso social ligadas a la educación. Y es esta pérdida de influencia en los procesos de movilidad la que en gran medida contribuirá a cambiar la opinión pública sobre la escuela. Es decir, el clima positivo de los setenta irá dando paso a otro más crítico y pesimista sobre la Educación formal. Pero hay otras causas productoras del nuevo clima social. Una de ellas ha sido el exceso de reformas educativas (de las que los diversos gobiernos socialistas fueron consumados abanderados y en cuya estela continúan los gobiernos populares). La otra se debe a la política informativa. En general, los medios de comunicación españoles no han tratado muy bien a la escuela. Mas aún, han sido con ella extraordinariamente injustos. Si nos detenemos en el periódico más representativo e influyente de la democracia, *El País*, lo que descubrimos es que su manera de enfocar la educación ha sido siempre ambigua, cuando no tendenciosa. Esto su-

cedió y sigue sucediendo en un medio vinculado a un grupo cuya empresa matriz ha sido la edición de libros de texto. A primera vista, resulta bastante paradójico, pero no lo es tanto si tenemos en cuenta que bajo esta línea informativa lo que hay es un cambio cultural radical y un desplazamiento de las instituciones hegemónicas en este campo: de la educación a los medios de comunicación.

Sí, también debe haber influido el hecho de que nuestro sistema educativo lleva algún tiempo sumido en una crisis permanente. Y las continuas reformas no contribuyen a frenarla, sino a avivarla. La reforma permanente crea una situación de continua provisionalidad, al tiempo que culpabiliza a los actores educativos de las carencias e ineficiencias educativas. De modo especial a los profesores, cuyo estatus e imagen social se han visto sometidos a un fuerte proceso de deslegitimación.

Sumergir el sistema educativo en una crisis sin fin tiene otras consecuencias. La primera y fundamental es que el sistema educativo deja de ser percibido como importante, hecho que tiene su traducción en las políticas educativas. El ejemplo más claro lo tenemos en la que viene protagonizando la derecha en el gobierno. En primer lugar, desde el punto de vista de la financiación, que se ha reducido respecto a la época socialista. En segundo lugar, rebajando notablemente el rango del Ministerio, que más parece de deportes que de otra cosa. En tercer lugar y referido a la universidad, sustrayendo los fondos de investigación del ámbito educativo y desplazándolos al ámbito empresarial, en abierta disparidad con lo que sucede con el resto de países de la UE. La derecha española, que históricamente se ha caracterizado por la marginación de la educación, vuelve por sus fueros, sólo que ahora parece contar con un clima de opinión mediática favorable, y con algunos dirigentes que parecen querer negar a otros los mecanismos que les catapultaron a la clase dirigente.

En este contexto, es mucho lo que podría –y debería– decir la Sociología de la Educación. Es curioso, por no decir otra cosa, que en la época de los gobiernos socialistas se produjera una abundante literatura sociológica –crítica y de izquierdas, ¡por supuesto!– sobre los perniciosos resultados de su política educativa. Y ahora, sin embargo, parece haberse impuesto la ley del silencio –también entre esa misma izquierda–. Con lo cual, si bien es verdad que en estos momentos la institucionalización académica de la Sociología de la Educación es incuestionable, su relevancia sigue siendo débil.

Desde otra perspectiva, la Sociología de la Educación actual sigue adoleciendo de los mismos problemas que marcaron sus inicios. Falta continuidad en las investigaciones y me temo que no hay equipos estables que se dediquen a estudiar la educación. Es verdad que estos rasgos no son exclusivos de dicha disciplina, pero también es verdad que ninguna otra rama sociológica ha conocido una expansión tan importante como ella. Da la impresión de que tal expansión ha tenido lugar de manera preferente en la dotación de plazas, con lo que ahora se entiende mejor lo comentado anteriormente: la amplia participación de personas en las Conferencias obedece, sobre todo, a criterios de orden administrativo.

De ser así, un último problema se derivaría de la universidad. La incapacidad de la misma para elaborar esquemas capaces de interpretar lo que sucede en la sociedad. Cada uno de nosotros vive encerrado en su pequeño mundo (que puede ser individual o en ocasiones sectario, pero casi nunca forma comunidad científica). Y son las pequeñas miserias cotidianas las que absorben nuestras energías. Miserias hay en todas partes, desde luego, pero junto a ellas suelen florecer otras cosas. Son estas otras cosas las que me parece que faltan entre nosotros.

En un plano estrictamente académico, una visión histórica de la situación de la Sociología de la Educación debe distinguir entre Facultades de Ciencias de la Educación o Pedagogía y las Escuelas de Magisterio.

En la mayor parte de las facultades, la Sociología de la Educación se mantiene dentro del Departamento de Teoría e Historia de la Educación. La historia es vieja y espero que mi versión no sea muy sesgada. A comienzos de los ochenta se dotaron dos cátedras, una de ellas la obtuvo Carlos Lerena en Madrid y otra Isidoro Alonso Hinojal en Bilbao. Después no se concedieron más porque los Departamentos de Teoría e Historia en las Facultades de Pedagogía hicieron todo lo posible para que la disciplina no saliera de ellos, fundiéndola a veces con Pedagogía Social. En general, se impuso la actitud de no admitir a quienes no fueran pedagogos. Los Departamentos de Psicología son la excepción en esta corriente, se nutren de Psicólogos; pero los Departamentos de Teoría e Historia son particularmente resistentes y mantienen las materias fundamentales de Sociología de la Educación.

¿Por qué sucede ésto? Tal vez por el simple hecho de que, como todos, los pedagogos también tienen tendencia a «quedarse con las cosas». Eso mismo ocurre en las Escuelas de Ingenieros, donde prefieren ingenieros antes que físicos incluso para materias de Física fundamental. ¿Razones ideológicas? Diría que sí, que también se entremezclan en este proceso, como dices, cuestiones políticas, ideológicas... Ahí tenemos la experiencia de la Sociología crítica que hacía Carlos Lerena y la valoración negativa que recibía por parte de muchos pedagogos de derechas. Hay que tener en cuenta el proceso de disgregación de la Pedagogía más tradicional o filosófica. Por un lado se separaron de ellos los pedagogos experimentales, con una orientación marcadamente positivista o empírica, que constituyeron

los Departamentos de Métodos e introdujeron la Estadística y la orientación empírica. Por otro lado les salió la Didáctica General, cuyo objeto material y formal, por decirlo al estilo clásico, coincide en buena parte con el de la Pedagogía General, de la que se diferencian por su empeño en adoptar un enfoque más moderno, basado en la teoría anglosajona del currículum; podríamos decir que la Didáctica representa en ese ámbito la rama de la izquierda. En fin, se estaba dando el viejo proceso de separación de las disciplinas empíricas de la Filosofía, por así decirlo, y eso explica que los filósofos, en este caso los pedagogos más teóricos y especulativos, se resistieran. Pero hay otro factor muy importante, que es la coincidencia entre las diferentes *Ciencias de la Educación* y la Sociología. Pensemos, por ejemplo, en Didáctica y Organización Escolar. Todo el contenido del Departamento puede verse en clave sociológica. La Didáctica es una disciplina aplicada cuyas bases empíricas vienen por igual de la Psicología, la Psicología Social y la Sociología. Interacción en el aula, expectativas del profesor, estratificación entre los alumnos, grupos... La Organización Escolar tiene que basarse en la Sociología de las Organizaciones: tipos de organizaciones, papel de los profesionales en ellas, disfunciones de la burocracia, problemas de participación, liderazgo... Las fronteras son difusas, y es necesario un trabajo delicado de delimitación, donde nadie niegue a nadie, incluso si a uno muchas veces le parece que en buena parte lo suyo es Sociología aplicada. De otro modo, es difícil evitar que quien estudia cómo organizar las escuelas prefiera enseñar él mismo los fundamentos económicos, psicológicos y sociales de las organizaciones a la medida de sus necesidades, a confiar en profesores de las disciplinas básicas que no tienen en cuenta lo que él necesita. Esto, en el mejor de los casos. En el peor, quien tiene que explicar organización escolar se queda en los fundamentos sociológicos.

Yo me he encontrado, por ejemplo, con que el profesor de Didáctica de primero de Pedagogía estaba explicando las teorías de la reproducción y todo lo que se refiere a clases sociales, que nosotros dejamos para segundo curso.

He expuesto sólo un caso de solapamiento de materias, pero la situación es general. Por ejemplo, el Departamento de Métodos de Investigación y Diagnóstico, cuando se instituye la diplomatura de Educación Social, reivindica la asignatura que lleva su nombre: Métodos de Investigación y Diagnóstico, frente a nosotros, que la reivindicamos porque se trata de Educación Social. La expliquen ellos o nosotros, está claro que lo que ahí se explica son métodos de investigación social.

Por lo demás no quiero que parezca que los solapamientos se dan entre la Sociología y los otros departamentos; se dan igualmente entre todos los departamentos y entre todas las materias: Didáctica General y Pedagogía, Métodos de Investigación y Metodología, etc. En fin, la Sociología debería estar en pie de igualdad con la Psicología como fundamento de los estudios de Educación, pero apenas si nos hemos hecho un hueco entre la Pedagogía más tradicional y la más moderna. Yo no diría que no nos han dejado, sino que no hemos presionado lo bastante, porque las bases objetivas están dadas.

Mientras esto sucedía en las Facultades, la Sociología de la Educación se institucionalizó en las Escuelas de Magisterio. Una institucionalización débil, basada en una única materia troncal que ha sido imposible ampliar pese a que la LOGSE reconoce la Sociología como una base del currículum en igualdad con la Psicología y la Pedagogía. El nivel, el profesorado y la organización académica son los propios de las Escuelas, faltando elementos tan importantes para la consolidación científica como el Doctorado. A pesar de estar implicada gente joven, que hace cosas, falta verdaderamente infraestructura

científica, tradición investigadora para hacerla cuajar.

Numéricamente somos muchos, y es probable que ningún otro gremio de la Sociología reúna a tanta gente. Asisten a las Conferencias de Sociología de la Educación cerca de 100 personas todos los años y hay 70 u 80 ponentes. Pero vienen de casi otras tantas escuelas de Magisterio, donde son dos o tres profesores, los más viejos procedentes del ámbito de la Filosofía, que no se apoyan en una tradición investigadora y que se ven obligados a articularla ahora. El método de trabajo es por lo general abordar un problema local y estudiarlo en la tesis de cara a obtener un plaza. Esa es una base débil para la consolidación de una investigación sólida, con continuidad y acumulación.

¿Falta en España interés en el estudio de la Educación? Yo creo que no, que no es por falta de interés o de financiación. Aparte de la financiación general de la investigación, están el Ministerio, las Comunidades, fundaciones... Creo que sí hay en España instituciones interesadas en el estudio de la Educación; lo que ocurre es que ese interés, probablemente, se encuentra desplazado de la Sociología a la Política, lo que no es extraño, desde luego. Hay interés en la medida en que guarda relación con las políticas educativas, en las que intervienen sociólogos, pedagogos y psicólogos. Por eso, muchas veces esa financiación se confiere en función de temas, de objetivos específicos de trabajo; y hay que estar muy atento, pues no son sólo los sociólogos los que acceden a ella. Por ejemplo, la Fundación Encuentro y la Fundación Hogar del Empleado han encargado sus últimos informes sobre educación a Álvaro Marchesi; pero la Comunidad de Madrid ha encargado un Informe sobre la jornada continua justo a Mariano Fernández Enguita.

¿Cuál es la situación de la Sociología de la Educación española si la comparamos con otros países? En otros países hay sin duda mayor tradición y muchos más

medios, incomparablemente mayores. En Francia, por ejemplo, hay una fuerte presencia de la Sociología de la Educación en el INSEE y en las universidades; lo de Francia es impresionante. Hemos invitado a un curso de Doctorado a Jean Claude Combesse, un discípulo de Bourdieu que dirige un Instituto llamado IRESCO. Hablando con él, me entero de que en el Instituto trabajan cerca de 100 investigadores. Me invita Jordi Planas a un Congreso en Toulouse sobre *Títulos y mercado de Trabajo*, y me encuentro con un grupo fortísimo y con una larga tradición. En comparación con ellos lo que nosotros hacemos son chapuzas artesanales. Claro que en Inglaterra la disciplina está incluso en retroceso en el Instituto de Educación de Londres, en cuyo programa apenas hay Sociología. Y en Estados Unidos la situación es todavía de mayor precariedad: si uno mira las grandes revistas, hay muy poco de Sociología de la Educación. Tampoco la situación en Alemania es, por lo que yo sé, muy boyante.

Realmente, en comparación con otros gremios o ramas de la Sociología, creo que el de la Educación no presenta una situación difícil; más bien diría que es privilegiada. Nadie, salvo la Sociología del género, quizás, celebra Conferencias anuales. En cuanto a las publicaciones, es verdad que la Sociología de la Educación no aparece casi en las dos o tres revistas importantes, la *REIS*, la *RIS*, *Papers*... Pero es que por un lado se suelen publicar las Actas de las Conferencias, y por otro está la *Revista de Educación*. No se pudo mantener *Educación y Sociedad*, es cierto, pero ¿qué otras revistas de sociologías especiales se mantienen?

Resumiendo, yo veo que estamos mejor que la mayor parte de las ramas de la Sociología, y que no estamos mejor, o tan bien como podríamos, dado nuestro número, por esas debilidades organizativas que he dicho, no por falta de interés de la sociedad. Así que el futuro de la Sociología de la Educación lo veo, ahora mismo, más

bien mediocre, como el presente. Digamos que no tiene una base sólida. Es una disciplina, como ya dije enraizada en un marco institucional, desde donde no se puede esperar una revolución.

¿Qué podría hacerse para mejorar este estado de cosas? Como bien dices, sería importante la existencia de proyectos de investigación más coordinados y sólidos, pero sin embargo muchas veces ni en Sociología de la Educación ni en otras disciplinas sucede ésto. ¿Por qué? Porque coordinar tales proyectos suele ser muy costoso. Los de ciencias son conscientes de ello, tienen la ventaja de que en su campo son mucho más frecuentes los trabajos interdisciplinarios, y disponen, al mismo tiempo, de procedimientos y aparatos de análisis que permiten reducir el coste y el período temporal de la investigación. Ahora, desde el marco en que estamos es difícil articular grupos importantes ligados a grandes proyectos de investigación. En realidad hay mucha gente distinta que trabaja en este campo, y esto produce dispersión, trabajos de poca calidad y una reducida capacidad de articular colaboraciones. Además, los grandes proyectos deben examinarse con lupa: muchas veces —los europeos son el mejor ejemplo— todo se va en organización y viajes, y no quedan fuerzas para producir resultados.

Yo soy muy partidario de utilizar más intensamente las nuevas posibilidades de comunicación. A mí me plantean cuestiones sobre tesis, me piden datos, me envían artículos. Desde luego, siempre se trata de tesis, de trabajos bastante aislados con poca continuidad. Además, hay otra diferencia fundamental con el pasado: ahora tenemos muchos datos que están ahí, esperando ser analizados: Censo, EPA, EPF, CIRES, CIS, INCE. Creo que podríamos hacer mucho más con la infraestructura que hay y los datos que tenemos si nos comunicáramos mejor. Las Conferencias y los Congresos hacen ya un gran papel, pero podría hacerse mejor. Te pondré un ejem-

plo en el que claramente fallan las personas: el de la enseñanza. Dedicándonos todos, como nos dedicamos, a la enseñanza, la sección correspondiente a las Conferencias es la menos concurrida de todas. Y ahí no hace falta dinero, ni investigación original, se trataría de discutir lo que podríamos considerar la ciencia normal, el paradigma acumulativo, las bases de la disciplina.

En fin, es cierto que las personas podríamos hacer más y mejor. Y también es cierto que el porvenir podría ser algo menos mediocre si se mejoraran las dotaciones. No hablo de crear grupos de investigación, al estilo de los laboratorios de Ciencias, tal y como se les llena la boca de pedir a nuestros científicos más internacionales. Soy consciente de los problemas que plantea una política científica expansiva. Imagínate que te conceden una plaza de investigador, entonces te meten en un lío tremendo, porque no es una plaza de investigador estable y al cabo de cuatro, ocho años te encuentras con gentes metidas en la cuarentena que son investigadores desempleados. Ese es un conflicto muy difícil de resolver; es cierto que el Consejo Superior de Investigaciones Científicas lo está resolviendo mal, pero el pecado está en lo que podríamos llamar la «paternidad irresponsable» de los científicos, que pueden reproducirse a un ritmo espeluznante. No hablo de estos grupos de investigación, creo que aquí no es malo que los trabajos sean fragmentados y locales, pues no puede darse fácilmente una división internacional del trabajo investigador como entre los biólogos o los físicos, y me conformaría con mucho menos. Bastaría con dos mejoras: financiación para los trabajos de Doctorado, claramente desligada de una posterior carrera académica o investigadora, y sueldos adecuados desde el primer momento para los profesores, eliminando todas las figuras intermedias, como los ayudantes y los asociados. Probablemente (y con esto termino) lo peor que nos ha ocurrido en los últimos años haya sido la generalización de los pro-

fesores asociados, que gastan lo mejor de su juventud en completar el miserable sueldo de las universidades y en producir publicaciones con la esperanza de ocupar una plaza de profesor titular a los cuarenta años. Eso destroza cualquier dedicación seria, lo mismo a la docencia que a la investigación, y está haciendo un daño muy grave a la universidad.

MARIANO FERNÁNDEZ ENGUITA

La Sociología de la Educación tiene en nuestro país un origen institucional, es una especialidad más de la Sociología con cierta relevancia quizás por dos motivos. El primero de ellos obedece a su condición de gran aparato administrativo, al ser la educación una parte importante del gasto público del Estado del Bienestar, de la Administración, genera una demanda de investigación, de intervención... El segundo tiene que ver con su naturaleza de ideología, de eje central de la legitimación meritocrática de la sociedad, de la defensa de la igualdad de oportunidades que depende, sobre todo, de la educación. Creo que fue todo esto lo que generó una dinámica interna en la Sociología. Y ahí se sitúan los trabajos de Lerena, Félix Ortega, tú misma, Marina Subirats, Julio Carabaña y los míos.

Por otro lado, podemos hablar de la existencia de tantas Facultades de Pedagogía o de Educación como de Universidades y de un número de Escuelas de Magisterio igual, si no superior, al de provincias en las que hace ya tiempo tiende a haber una Sociología de la Educación, una Psico-Sociología de la Educación, o una Educación Social. Estos dos frentes dispares, uno formado por los que empezamos desde la Universidad a interesarnos por la Sociología de la Educación y otro por los que provienen de las Escuelas de Magisterio, marcan algunas de las características de la Sociología de la Educación hoy. Al mismo



tiempo, creo que se despierta una demanda en el mundo de la educación, de los prácticos, de quienes trabajan en gestión, de los directores de centros, de los propios profesores, que desembocan en los problemas sociales o, simplemente, que se dirigen a la Sociología de la Educación como un complemento en temas de Educación. Existe una demanda y una oferta, como podrás entender, desiguales.

En las Conferencias de Sociología de la Educación creo que se impone la dinámica académica, destinada a hacer currículum y el problema es que, efectivamente, buena parte de la gente que viene a ellas no procede de una formación sociológica. Esto *a priori* no es ni bueno ni malo, se trata de vías de acceso distintas, pero lo que sí implica, viniendo de donde vienen, incluso de la Facultad de Ciencias de la Educación, es un bajo nivel de exigencia. Uno puede llegar a ser sociólogo urbano como sociólogo que se dedica al Urbanismo o como urbanista que se dedica a la Sociología. En cualquier caso, lo que sí es cierto es que el nivel de las Facultades de la Educación y de las Escuelas de Magisterio es bajo, con todas las salvedades, puesto que ciertas personas han adquirido en ellas una formación sólida, magnífica, mejor que la de cualquier profesor de un Departamento de Sociología de una Facultad de Sociología, aunque no puede decirse que esto sea la tónica general. Es algo similar a lo que sucede con el estudio de la pobreza y las escuelas de Trabajo Social. Las Facultades y las escuelas son lo que son, y esto lo reflejan las Conferencias de Sociología de la Educación. Sin embargo, al mismo tiempo, creo que ha habido un intento de cambio que ha empezado a cristalizar desde esas Conferencias. De ellas diría, no que tienen un mal nivel, sino que son desiguales. En la última, del año pasado, se planteó ya cierto nivel de exigencia, y esto sucede más en el marco de las que han formado parte de los Congresos de Sociología. ¿Por qué en diez años no se ha materializado

ese cambio? Para mí la respuesta sería que no hay una acumulación de experiencia. Ese sistema rotativo no lo permite. He sido un defensor acérrimo de que se hiciese una Asociación de Sociología de la Educación, para que todo lo que se trabaje a lo largo de un año quede ahí, como acumulación de experiencia para el siguiente.

Efectivamente, como dices, he hecho un esfuerzo para fundar y mantener la revista *Educación y Sociedad*, una revista de Sociología de la Educación, con un nivel bastante relevante. No sé exactamente por qué no ha surgido nada que la sustituyese. En la actualidad, en el marco de la Conferencia estamos barajando la posibilidad de hacer una nueva revista. Hace poco recibí un par de propuestas. Siempre he dicho que se podía recuperar el nombre de *Educación y Sociedad* que, sin dificultad alguna, lo ponía a disposición de un nuevo grupo, siempre y cuando el resultado fuera un producto viable y con ciertas garantías de calidad. Lo que está por resolver en este momento es, precisamente, disponer de esa garantía de calidad, no porque no haya gente válida trabajando —que la hay— sino porque las nuevas tecnologías y las posibilidades abiertas por Internet, permiten hacer unas revistas de coste muy bajo; cuando el coste es tan reducido se genera una tendencia a la facilidad, puesto que no existe ese imperativo de vender. Creo que seguirá adelante la propuesta, pero ahora mismo no está resuelta.

Te diría también que *Educación y Sociedad* se mantuvo en un tiempo en que no había pocas revistas: se creaban revistas en todos los ámbitos, para todas las sociologías imaginables... El año en que surgió, en 1983, era un momento favorable. Nunca quiso, en cambio, ser estrictamente una revista de Sociología de la Educación. Como sabes, pues formabas parte del consejo de redacción, éste estaba constituido por una mitad de miembros pertenecientes a la Sociología de la Educación y otra mitad procedente de otras áreas de la Educación: Psicología, His-

toría, Didáctica, Teoría... Las razones por las que desapareció son anecdóticas, radican en cómo se hacía la distribución, en las relaciones con la Fundación que la patrocinaba... ya que la revista vendía más de 1000 ejemplares –incluyendo las suscripciones– con una pésima distribución. La distribución era tan mala que, por ejemplo, no estaba en la Facultad de Ciencias de la Educación de Madrid ni en la Librería Pedagógica, dos lugares de referencia obligada. Lo que ya no es tan anecdótico es que no se buscara de inmediato un nuevo patrocinador, se editara comercialmente... Eso creo que guarda relación con el hecho de que quienes estábamos en el campo de la Sociología de la Educación no sólo trabajábamos en eso: Carlos Lerena había muerto; Quizás en aquel momento yo mismo estaba más dedicado a cuestiones de desigualdades que de educación; Julio Carabaña procede de otro ámbito, pues para él la educación era, inicialmente, una parte de los problemas de movilidad social, de estratificación; Marina Subirats estaba también en otras cosas... Así que, si se publicaba la revista, perfecto, pero tampoco era imprescindible.

De las Conferencias de Sociología de la Educación se suelen publicar las Actas. Creo que salvo alguna, quizás una o dos, al menos la última media docena se ha publicado. Se publicó la del Escorial, la de Murcia se editó en CD-Rom... De la última no hubo ocasión porque coincidió con el Congreso... Jesús Sánchez y yo hicimos un pequeño trabajo, muy trivial, sobre ellas, para conocer el número de contribuciones y otras cosas que podían entreverse a partir de una visión rápida. No recuerdo exactamente quién, pero sé que alguien hizo un estudio sobre publicaciones de cualquier tipo de Sociología de la Educación, pero era un recuento más que nada.

Como señalas, no se han elaborado aquí estudios serios sobre el sistema educativo español, ni sobre la LRU; ninguno de nosotros se ha decidido a hacerlos. En mi caso la explicación es bien sencilla;

simplemente esos trabajos no me llamaban la atención. Podría darte dos explicaciones. La primera es que, si estás en la universidad, llegar a casa de la facultad y no tener más remedio que seguir hablando de plazas, profesores...

Y si te refieres a otros niveles en España también hay estudios sobre el sistema educativo. Sobre el sistema educativo en general –en relación con el análisis de las reformas, las políticas educativas– sí que se han hecho estudios, se han hecho muchos. Lo que sucede es que todavía estamos en un período en que se empieza a evaluar lo que ha sido la última reforma, la LOGSE. Quizás se haya producido, incluso, una cierta saturación, porque se empezó a experimentar, si no recuerdo mal, en el curso 1984-85 y es en 1996 cuando se produce su implantación. Tantos años, quien no se haya cansado de eso... ¡es incombustible!

Dices que no conoces estudios que se detengan a analizar en serio el sistema educativo público, quiénes van a él, por qué van, qué sucede con ellos, quiénes son los que fracasan y los que no, qué distintas funciones sociales tiene la Escuela, en fin, cómo es nuestro sistema educativo. Si te refieres a trabajos estadísticos y de ese tipo, se necesita dinero. No obstante, se hacen algunos; por ejemplo, Julio Carabaña hizo esa encuesta de movilidad social donde parte de la misma concernía a la educación... Creo que la Fundación Santillana encargó últimamente algo a Victor Pérez Díaz.

En este momento me interesan cada vez menos los trabajos de tipo agregado, como digo en el texto que me has pedido para ser publicado en este mismo número de la *Revista de Educación*, y en otros sitios donde he hablado de ello. Creo que ya hemos discutido mucho sobre los condicionantes estructurales, y que hemos olvidado bastante un sector del sistema educativo que funciona con gran autonomía y que está dominado por una profesión. Piensa que hace falta un boicot hacia el funcionamiento de las organizaciones, la dinámica pro-

fesional, los procesos micro en los que se involucran además los profesionales. Ha habido un vuelco hacia los procesos micro, en los que se observa a los alumnos, pero no hacia el profesor, hacia los trabajos sobre educación y cultura. Esos son los trabajos que a mí me interesan: sobre organización, sobre la profesión... Más allá de estos me llaman también la atención los trabajos sobre educación y multiculturalidad, sobre la coexistencia de diferentes culturas en los centros, etc. De cualquier modo, puedo decirte que no leo mucho, porque estoy muy centrado en «desigualdades», provisionalmente en organizaciones, y poco en educación. Hay grupos de interés en bastantes sitios: en Lleida, en Gerona, desde luego en Barcelona, en Coruña, en Granada, en Murcia. Los de Tenerife creo que están más volcados en este momento en la Economía de la Educación.

Respecto a la pregunta que me haces sobre cómo veo el futuro de la Sociología de la Educación, no sabría responderte, ya que obedece a una dinámica que se me escapa. Te diría que depende de los fondos públicos, del funcionamiento de los grupos allí donde existen... Pienso que hay un ciclo donde la gente que está en período de elaboración de la tesis doctoral, de obtención de la plaza de titular... produce mucho. Algunos de los grupos de los que hemos hablado se encuentran en ese punto, y es difícil saber si ese nivel de producción va a tener continuidad.

Me parece complicado crear equipos de investigación; en primer lugar, porque no suele haber dinero y, en segundo, porque creo que el sistema inorgánico de la profesión crea una gran mentira que consiste en que todo súbdito, por así decirlo, es miembro del equipo del jefe. Esto genera, efectivamente, un equipo, que subsiste en la medida que depende de tí. Pero muchas veces los equipos son más el resultado de situaciones administrativas que de afinidades electivas. Frente a lo que piensa mucha gente que considera que la endoga-

mía tiene la virtud de poder formar equipos, de trabajar con quien quieres, de elaborar artículos... Creo exactamente lo contrario, que genera una situación de dependencia, y que además la rivalidad y la competencia interna por los puestos, no sólo cuando se hace la oposición sino antes, generan una enemistad que envenena las relaciones y el trabajo. Formar equipo es muy difícil. En mi caso, puedo decirte que no he podido formar equipo unas veces porque he llegado a lugares pequeños donde no contaba más que con un amigo, y otras porque he llegado a lugares donde lo que se imponía era esa tradición endogámica en la que no se investiga. En el caso de algunos equipos a los que he seguido, veo que se rompen desde el momento en que alguien saca su título o su plaza.

Curiosamente, pienso que, de esa media docena de personas, una que murió, Larena, las otras a las que has entrevistado y la sexta tú misma –también Ignacio Fernández de Castro, que no está en la universidad– cada una tenía una orientación. Podemos sentirnos estupendamente, estar encantados de oír lo que los otros hacen, puesto que es la manera de obtener un contraste, pero al mismo tiempo, son orientaciones distintas y, en cierto modo, el trabajo en equipo requiere una comunidad de orientación... Creo que ese grupo de gente de nuestra generación académica tenía la característica de ser bien disperso. Larena hacía un tipo de investigación que no permitía la consolidación de un grupo de ningún tipo, su trabajo era teórico; pienso que quizás era alguien con quien se podía discutir muy bien, pero su trabajo no requería un equipo.

Es cierto, como señalas, que a partir de la crisis del Estado del Bienestar se instala una especie de atonía, una crisis de paradigmas, de modelos muy fuerte... Quizás las expectativas en las que todos nosotros nos movíamos no se han visto cumplidas, y es posible que eso haya influido también en la Sociología y en la Sociología de la

Educación. Pienso que ha influido además la propia descentralización hacia las autonomías —nosotros vivimos en Madrid y hemos pasado de estar donde se localizaba el Estado a trabajar en una pequeña autonomía— así que muchas de las cosas que se demandaban en general y a las que se podía acceder privilegiadamente desde Madrid, ahora se producen, sobre todo, en los ámbitos autonómicos. Desde luego creo también que esas críticas hiperestructurales que hacíamos a la educación no han tenido el tipo de efecto que pensábamos. Hay menos tendencia a la ingeniería social, a la planificación, aunque, en mi caso, casi diría lo contrario. Creo que nada de lo que he hecho ha tenido tanto efecto en el ámbito de la educación como un artículo corto, aunque fruto del trabajo de muchos años, publicado en *Cuadernos de Pedagogía* el cual introdujo una polémica sobre la Escuela pública, y un trabajo sobre los efectos de la reducción de la jornada escolar; ambos se están debatiendo en muchos sitios. ¿Cuál es la diferencia entre estos trabajos recientes, del año 2000, y los anteriores? Que son, claramente, mucho más políticos, que tienen mucho más que ver con lo que son las políticas educativas a pie de colegio.

Efectivamente, como dices, el PSOE, contó con estudios, algunos sociológicos y otros no para hacer la reforma educativa, y a la hora de trabajar se rodearon de psicólogos porque en ese momento supieron resolverles la papeleta. Los primeros les señalaron los problemas y los segundos les dieron las salidas. Incluso diría que les suministraron un discurso con cierta capacidad para contentar a todos: el de la autonomía de los centros, etc. Uno de los temas que más se debatía en el ámbito de los sociólogos era, como señalas, el de las desigualdades. Esto significaba una apuesta fuerte por la gestión pública de la Educación, y no establecer convenios con la enseñanza privada —que fue lo que se hizo—. Sí, desde luego el tema de las desigualdades es un tema incómodo y de difícil abordaje, ya que al mismo

tiempo, nada garantiza que los programas especiales y más financiación puedan resolver mucho. Creo que, en cierto modo, hay una cosa que los sociólogos nunca defendimos y que es la dificultad de llevar a la práctica planes con esas pretensiones desde el nivel de la Administración, en lugar de hacerlo desde los centros. Los de Didáctica y otros sectores siempre estaban más atentos a lo que sucedía en éstos y en las aulas. Los sociólogos trabajamos en teorías generales sobre el conjunto del sistema educativo y es muy difícil administrar desde y para éste.

En contra de lo que suele pensar, y de lo que parece que piensas tú misma, diría que sí. No hay parangón, no creto que exista una ley que se haya discutido en los centros tanto como todo el conjunto de la Reforma y finalmente la LOGSE. Yo mismo desfilé por decenas y decenas de Jornadas, aunque, por supuesto, son centenas y centenas aquellas a las que no fui —estuve en toda clase de pueblitos, institutos, colegios, ciudades, en actividades organizadas por todo tipo de sindicatos, colegios, administraciones—. Esa esa la primera idea sobre cómo hacer la LOGSE. Se trataba de organizar una especie de vanguardia que después se extendiera como una mancha. Ocurrió que hubo un enorme consenso porque todo el mundo estaba, o pensaba que tenía que estar, descontento con el sistema anterior. Se produjo una rara coincidencia; desde los maestros hasta los obispos se pensaba que el sistema anterior había fracasado. Después, la LOGSE no encajó muy bien con los intereses de los maestros y fue mal recibida, con desconfianza desde el principio, principalmente por el profesorado de secundaria y en particular por aquella parte que se consideraba a sí misma más prescindible.

MARINA SUBIRATS

Creo recordar que nos conocimos en el I Congreso de Sociología de la Educación,

que tú organizaste en el ICE de la Universidad Autónoma de Madrid, en 1981. Carlos Lerena tal vez era ya catedrático por esas fechas, pero en mi caso no sirvió de enlace para entrar en contacto con los que estábais trabajando en Madrid en Sociología de la Educación. Conocí a Carlos Lerena en París, pero nos vimos pocas veces. Él estaba interesado en conocer a Pierre Bourdieu. Lo seguí a través de sus escritos, y recuerdo que en una ocasión vino también a Barcelona y entonces nos sentamos a hablar, pero esto fue ya poco antes de su muerte.

Los discursos sobre la educación previos a los de Lerena, a los de nuestra generación, estaban articulados desde otras profesiones, es decir, desde la Filosofía, la Psicología, o más directamente la Pedagogía. Nuestra generación fue la primera en plantear el enfoque desde la Sociología de una manera más sistemática. Pero, había tanto por hacer que no nos ocupamos de instituir la profesión como tal. Eso ha generado que no nos hayamos ocupado de sacar cátedras, ni tampoco en serio de editar una revista... Ahí está la experiencia y el intento de Mariano Fernández Enguita con *Educación y Sociedad*, pero cuando él se cansó ninguno de nosotros cogió el relevo. Ahora parece que lo están intentando de nuevo. Se intentó reunir a la gente a través de los Congresos de Sociología, y creo que incluso eso tampoco lo hemos hecho de forma suficientemente dirigida. Los catedráticos de antes mandaban, nosotros, en cambio, hemos sido bastante remisos a mandar, a «tomar el poder»; siempre hemos pensado que todo debía ser más democrático, no queríamos ser jefes y eso ha provocado que no nos hayamos organizado de una forma corporativa. De este modo, la Sociología de la Educación, tras 20 largos años, sigue estando muy poco organizada y de ahí que tenga una reducida presencia en los estudios regulares, y poco peso.

No hay nuevas cátedras de Sociología de la Educación, pues Julio Carabaña ocu-

pa la de Lerena. Y es curioso que sea en las Escuelas de Magisterio donde esta disciplina haya ido abriéndose un hueco. Se trata de gentes que están en Educación formando educadores y no tanto de sociólogos de la Educación. Durante todos estos años, desde el 1973 o 1974, he impartido cursos de Sociología de la Educación para sociólogos. Pero ya en ese tiempo el trabajo se hacía en función de nuestros conocimientos más que en función de un mercado, de unas necesidades... Al mismo tiempo, he dado más cursos en las Escuelas de Magisterio. Es cierto que esto ha marcado un poco la especialidad, pero en estas Escuelas la pugna por abrirse un espacio —hablo de Barcelona, que es lo que conozco— ha sido muy dura. Allí nos enfrentábamos a otras especialidades mucho mejor organizadas, mucho más consolidadas —como la Psicología y la Pedagogía— y mucho menos ingenuas, en el sentido de que tenían claro que si se quiere tener una presencia digna en un mercado universitario es necesario organizarse y luchar por ello. Quienes han estado al frente de la especialidad de Sociología de la Educación en las Escuelas de Magisterio —en la Universidad Autónoma de Barcelona, concretamente, aunque supongo que en las otras ha ocurrido lo mismo— han tenido muchas dificultades porque las otras especialidades no les dejaban crecer. Había una disputa por ocupar un espacio que es limitado. En cierto modo, lo que ha ocurrido aquí es que el discurso pedagógico, en términos duros, de ideología, se ha ido quedando obsoleto, y los pedagogos entonces han rescatado discursos más elaborados que, en parte, provienen de la Sociología. Se dirigen ahora a lo social, tratan de explicar, por ejemplo, el fracaso escolar por la marginación, como parte de una estrategia para ocupar esos espacios.

Efectivamente, es difícil organizarse, crear equipos desde la universidad y, nosotros, los pioneros, no lo hemos hecho. Creo que hay varias razones que lo expli-

can. En primer lugar nosotros no tuvimos maestros españoles, una ausencia que crea ya una cierta imposibilidad de intercambio fácil. En segundo lugar, a finales de los setenta no había recursos económicos para investigar, de ahí la dificultad de formar un equipo; cada uno investigaba como podía y, en muchas ocasiones, sin contar con medios suficientes. En tercer lugar, diría que, al menos en mi caso, han influido otros factores, ya que mi dedicación a la Sociología ha sido un trabajo subordinado a la situación política. Me he servido de la Sociología para estudiar lo que en un determinado momento, a la muerte de Franco, podía ser útil para el avance político. Esto quizás más en los años setenta que en los ochenta, ya que posteriormente me alejé del campo político y me dediqué más al trabajo estrictamente sociológico. Pero, incluso así, la problemática que iba abordando estaba condicionada por los momentos políticos y de cambio social. Supongo que en el caso de otros los trabajos se realizaban más en función de encargos de la Administración, o estaban más movidos por un interés intelectual. En todo caso, como muy bien señalas todos pensábamos en esos años que nuestros análisis iban a tener impacto, iban a servir para cambiar cosas, servirían de instrumentos para determinados agentes sociales, para determinados movimientos sociales. En mi caso, abordé la problemática de las clases sociales en la Educación en la década de los setenta. Después, cuando el movimiento antifranquista decayó y se trasladó progresivamente a las instituciones, pensé que asuntos tales como las diferencias de acceso a la Educación en función de la clase social iban a ser ya estudiados desde las instituciones. Entonces me vinculé a otro movimiento, que fue el de las mujeres, donde no trabajaba casi nadie. Comencé así a trabajar sobre *mujer y educación*. Siempre me ha interesado el impulso del movimiento social transformador y he intentado articular ciertas piezas para impulsar ese movimiento. Esto ha provocado que mi

trabajo sea de una gran dispersión, pero, quizás, a todos los de nuestra generación nos ha ocurrido lo mismo, con pocas diferencias.

Sí, recuerdo, como dices, nuestra asistencia a las Escuelas de verano, nuestra implicación con los movimientos alternativos de entonces, en los que empezamos a dar cuenta de nuestros trabajos...

En la actualidad la Sociología de la Educación ocupa, a mi juicio, un espacio mucho más reducido del que en realidad le corresponde. En general, diría que sigue siendo una disciplina muy marginal. Creo que nuestra generación es una generación exploradores. Bastante esfuerzo nos ha supuesto abrirnos un lugar en la universidad y desarrollar un trabajo de organización académica. En fin, era necesario abordar muchos problemas, muchos aspectos de la realidad, de ahí la dificultad de profundización, de especialización... Todos estos factores hacen que en España la Sociología de la Educación tenga todavía un problema grave por resolver, quizás más en Barcelona. En Madrid se hacen desde hace unos años, investigaciones para la Administración, mientras que en Barcelona eso sucede menos, por eso se hace todavía una Sociología muy especulativa. De tal modo que la Sociología de la Educación intenta más ver cómo plantear los problemas, aportar pequeñas piezas empíricas de forma no muy sistemática, que buscar soluciones. Las investigaciones no están elaboradas para servir como instrumentos de acción. Y sin mebargo, la Sociología de la Educación tiene que ser capaz de llegar a vincular el diagnóstico con las vías posibles de solución y luego con las comprobaciones, es decir, contrastar las teorías para saber si el diagnóstico fue o no acertado. De ahí que, en su conjunto, la Sociología de la Educación siga siendo marginal, de ahí que se la siga utilizando predominantemente como discurso especulativo o legitimador de asuntos diversos, y que se emplee, sobre todo, en el ámbito doctoral, donde claramente es un discurso sesgado. Pienso, por tanto, que aún falta mucho por hacer.

En España, frente a otros países europeos, no existen, como señalas, fuentes ni trabajos sistemáticos a los que acudir. Por ejemplo, si quieres saber si aumenta o disminuye el número de universitarios en España tienes que realizar una búsqueda árdua. No hay estudios que pervivan durante largo tiempo, o no son fácilmente accesibles. Aparentemente, todo está hecho pero, en realidad, no es así. Existen sin duda algunos trabajos como, por ejemplo, los que realizó Julio Carabaña para la Administración, o los de Mariano Fernández Enguita. Pero además, como te decía antes, cuando fui a París, en 1965, creo que unos años antes que tú, Pierre Bourdieu, o Alain Touraine eran ya sociólogos, no precursores, y estaban rodeados de un montón de gente, produciendo estudios empíricos, y avances teóricos de cierto nivel... En Francia existía ya una generación de maestros, y como bien dices estaba el Centro de Sociología Europea y aquí, el Centro de Investigaciones Sociológicas -CIS- no ha jugado ese papel de formación, ni de investigación. Contaban con una tradición que en 1965, tenía ya 150 años: Durkheim, Comte... Numerosas revistas y una vida intelectual muy activa. Por supuesto, en España, tal y como señalas existieron movimientos preocupados por la educación desde el siglo XIX. Los institucionistas, por ejemplo, escribieron sobre cuestiones educativas pero siempre contempladas desde un punto de vista, más pedagógico, más humanista que sociológico. Tampoco es que yo haya investigado mucho en esa dirección, pero en Cataluña existe una gran tradición que empieza en 1900, con los anarquistas, con la Escuela Moderna... Cuando lees sus trabajos percibes elementos que podrían ser sociológicos, en la medida en que se plantean si las clases sociales han de ser educadas conjunta o separadamente, y qué representaría para la sociedad -y sus conflictos- educar de una manera o de otra.... Pero, en conjunto, sigue siendo un discurso muy ideológico, pedagógico... Se puede, por lo tanto, decir que nosotros hemos sido la generación que ha sistematizado, poco o mucho, este campo, de ahí que tampoco

haya grandes obras. Quizás quien sobresalió con más fuerza a finales de la década de los setenta fue Carlos Lerena, que hizo una obra muy coherente, pero también muy ácida y crítica lo que posiblemente fue un obstáculo para crear escuela. El trabajo de Lerena me parece más un trabajo de crítica de lo existente durante el franquismo que de construcción hacia delante. Me preocupa pues el ver que, de cara a la generación siguiente, no les hemos marcado objetivos claros y siguen en la dispersión. Esto hace pensar que vamos a tardar años en disponer de obras que tengan cierto peso, cierta consistencia, un carácter fundacional.

Ahora hay más recursos que hace unas décadas para investigar. Sin embargo, el problema que se plantea ahora a las jóvenes generaciones de sociólogos, en general, y a los investigadores, en particular, es la angustia, la lucha por acceder a unos puestos de trabajo. La gente percibe que no tiene tiempo para elaborar una investigación con cierta calma. Me imagino que en el ámbito de las ciencias duras, en donde los controles parecen ser más fuertes, los investigadores tienen que imponerse esa calma. Por otra parte, como generación no hemos hecho una crítica de los trabajos de los más jóvenes, y dudo incluso que nos hayamos leído a nosotros mismos, y si lo hemos hecho, no hemos comentado esos trabajos. Esto me parece muy grave. Recuerdo cuando estuve en Estados Unidos algún tiempo, hace veinte años, que sentía envidia de aquella gente que se pasaba los textos, los anotaba, se reunía, los comentaba y criticaba... Como señalas, basta ver las reseñas de las revistas francesas, o anglosajonas, que son tan importantes y, efectivamente, sin esa tradición de enlazar unas cosas con otras, de ver qué significa una determinada obra en un campo, es difícil trabajar en serio.

Intenté, en los años setenta, no en el ámbito de la Sociología de la Educación, sino en el de la Sociología general que se formara en el Departamento un seminario, en donde cada uno pudiese aportar lo que estaba investigando. De inmediato tuve la

sensación de que esa propuesta molestaba, de que se sospechaba que quería meter la nariz en las investigaciones de los demás... Posteriormente varios propusimos la realización de Congresos de Sociología, pensando en ellos como en una forma de intercambio en la que participasen las nuevas generaciones pero, la verdad, es que no pude asistir a todos, porque en los años noventa estaba metida en política. De todas formas, tengo la impresión de que cada uno se dedica a su pequeña pieza y que resulta bien difícil enlazar unas piezas con otras. Sigo asistiendo con una cierta frecuencia a las Conferencias de Sociología de la Educación. Asistí, por ejemplo, a la última, porque como creo que nos falta intercambio intelectual, me gustaba plantearlo en la Conferencia y decirles a los jóvenes que hay tres o cuatro grandes temas en Sociología de la Educación y que deberían agruparse para trabajar en ellos. Así lo hice, no sé que efectos tuvo mi intervención. En cualquier caso, no es tan fácil hacerlo como decirlo. Me imagino que hay muchos elementos de fondo que inciden en que la situación sea ésta, algunos de ellos, los estamos viendo....

Estoy de acuerdo contigo en que estamos viviendo en un momento en el que se producen cambios sociales acelerados, ahí están los cambios políticos de los últimos años, y los numerosos cambios del campo educativo: leyes, distintos decretos, medidas concretas: Este es un tema sobre el que he reflexionado muchas veces, ya que hacer Sociología en una sociedad tan cambiante va a ser muy difícil. O bien elaboramos instrumentos mucho más rápidos de cuantificación para la puesta en relieve de la situación, o bien, cuando la Sociología llega con su discurso elaborado el fenómeno ya ha variado. ¿Se puede elaborar un discurso científico sobre algo si se carece de instrumentos que permitan abordarlo tan rápidamente como se produce? En ciertos ámbitos eso es posible, en demografía, por ejemplo, el hecho de dispo-

ner de constataciones de nacimientos y defunciones, así como de otros muchos fenómenos hace posible conocer casi mensualmente la situación. De este modo si hay grandes cambios se pueden pensar. En Sociología no tenemos registros de esa fiabilidad, ni tan inmediatos. Los instrumentos con los que operamos son aún muy rudimentarios. En economía también se han sistematizado los datos, cada mes dispones, por ejemplo, de una gran cantidad de indicadores del trabajo. Ahora bien, una vez dicho esto, debiéramos poder contar con ciertas cosas básicas. Si tuviéramos una serie de datos sobre, por ejemplo, matriculaciones en diferentes niveles educativos, las tasas de aprobados y suspensos, el origen social de los estudiantes... la investigación se vería facilitada.

En la actualidad la educación se utiliza verbalmente como tema de interés pero, en términos generales, tal interés no existe. Hubo un momento en el que el ascenso social se hacía a través de la educación, pero en este momento la educación filtra menos. Hoy en día existen una serie de ámbitos a los que puede acceder todo el mundo, salvo el sector marginal de los que no aprueban la ESO. Mucha más gente que en el pasado llega a la universidad. Y los filtros, que siguen existiendo, ya no se fijan desde el sistema educativo, sino a partir de conexiones sociales externas.

En la encuesta metropolitana que estamos haciendo en Barcelona se comprueba que en las últimas décadas se amplía mucho el número de estudiantes de la clase trabajadora que llega a la universidad. En cambio, cuando observas las distintas titulaciones, la probabilidad de tener un Master o un Doctorado, la variable social sigue estando muy presente. En Barcelona, la mayoría de los que acceden en estos momentos a la universidad pública proceden de la clase trabajadora. Aparentemente uno cree que si estudia llega a la universidad, que el problema de acceso no es el de la clase social de origen, lo que provoca



una disminución del interés. Subsiste el interés de los padres para que sus hijos vayan a la escuela, pero, por otra parte, las clases medias envían cada vez más a sus hijos a la enseñanza privada —o al menos eso es lo que observamos en Barcelona—. Y más allá de esto no hay mucha preocupación.

Sí, diría que eso sucede respecto a todos los niveles de enseñanza. Se habla mucho de que la educación es importante, pero con eso se alude a que los estudiantes han de saber manejar ordenadores, estudiar inglés... Y eso tanto en la gente progresista como conservadora. Se ha producido un cambio respecto a lo que sucedía en la transición, a la muerte de Franco. Y es que hay cosas que se han conseguido: se ha logrado una escolarización generalizada en unas condiciones muy aceptables. Recuerdo, por ejemplo, en los años 1971 y 1972 haber visitado escuelas en Barcelona con 100 niños por aula, y unas condiciones muy desfavorables. Ahora hay 25 ó 20 niños por aula, y las condiciones son mucho mejores en todos los sentidos. Esto no significa que se hayan eliminado las desigualdades, sino que las más visibles se han atenuado y esta atenuación genera la idea de que el problema ya no es tan grave. Hemos dejado atrás una etapa en la que han disminuido las desigualdades sociales en España, debida al impulso de una generación antifranquista y democrática. Y estamos asistiendo a un proceso contrario, que va en el sentido del mundo en general. La ola de democratización de la lucha antifranquista se ha acabado. Nuestra generación es mayor, está cansada y le toca abrir el frente a otra que parece tener otras preocupaciones, que no parece que vaya a luchar por lo mismo. En este sentido, tengo la impresión de que preocupación y lucha por la calidad de la educación es menor, y el interés por la escuela pública también. A la gente joven el tema de la escuela pública no parece preocuparle. La educación ha sido básica para situarse en un buen nivel social. Siempre me ha pareci-

do nefasta la afirmación de que la universidad es una fábrica de parados y la consiguiente creencia popular de que, aunque vayas a la universidad, puedes acabar siendo un parado. Y me parece nefasta porque oculta la realidad, ya que existe una correlación entre los títulos y los ingresos, y esto, incluso hoy, sigue siendo así.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALONSO HINOJAL, I.: *Educación y sociedad: las sociologías de la educación*. Madrid, Centro de Investigaciones Sociológicas, 1980.
- BONAL, X.: *Sociología de la educación. Una aproximación crítica a las corrientes contemporáneas*. Barcelona, Paidós, 1998.
- BOSCH, F. y DIAZ MALLEDO, J.: *La educación en España. Una perspectiva económica*. Barcelona, Ariel, 1978.
- BRULLET, C. y SUBIRATS, M.: *Rosa y azul. La transmisión de los géneros en la escuela mixta*. Madrid, Ministerio de Cultura/Instituto de la Mujer, 1988.
- BRUNET, I. (ed.): *V Conferencia de Sociología de la Educación*. Tarragona, Servei de Publicacions de l' Universitat Rovira i Virgili, 1997.
- BRUNET, I. y MORELL, A.: *Clases, educación y trabajo*. Madrid, Trotta, 1998.
- BRUNET, I. y BELZUNEGUI, A.: *Flexibilidad y formación: Una crítica sociológica del discurso de las competencias*. Barcelona, Ariel, 2001. En prensa.
- CAPEL, R. M.: *El trabajo y la educación de la mujer en España*. Madrid, Ministerio de Cultura/Instituto de la Mujer, 1986.
- CARABAÑA, J.: *Educación, ocupación e ingresos en la España del siglo XX*. Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1983.
- CAREAGA, P., y GARRETA, N.: *Modelos masculino y femenino en los textos de EGB*. Madrid, Ministerio de Cultura/Instituto de la Mujer, 1987.

- DÍAZ, C.: *El presente de su futuro. Modelos de autopercepción y de vida entre los adolescentes españoles*. Madrid, Siglo XXI, 1996.
- ELEJABEITIA, C.; REDAL, P. et al.: *El maestro*. Madrid, EDE, 1983.
- FEITO, R.: *Nacidos para perder. Un análisis sociológico del rechazo y abandono escolares*. Madrid, CIDE, 1990.
- *Los retos de la escolaridad obligatoria*. Barcelona, Ariel, 2000.
- FERNÁNDEZ DE CASTRO, I.: *Reforma educativa y desarrollo capitalista*. Madrid, Cuadernos para el Diálogo, 1973.
- FERNÁNDEZ ENGUIA, M. (ed.): *Marxismo y sociología de la educación*. Madrid, Akal, 1986.
- *17 Reforma educativa, desigualdad social e inercia institucional*. Barcelona, Laia, 1987.
- *La cara oculta de la escuela*. Madrid, Siglo XIX, 1990.
- *Juntos pero no revueltos*. Madrid, Visor, 1990.
- *Poder y participación en el sistema educativo*. Barcelona, Paidós, 1992.
- *La profesión docente y la comunidad escolar*. Madrid, Morata/Fundación Paideia, 1993.
- *La escuela a examen*. Madrid, Pirámide, 1995.
- (coord.): *Sociología de las instituciones de Educación Secundaria*. Barcelona, Horsori/ICE de la Universidad de Barcelona, 1997.
- (ed.): *Sociología de la educación. Lecturas básicas y textos de apoyo*. Barcelona, Ariel, 1998.
- *Alumnos gitanos en la escuela paya*. Barcelona, Ariel, 1999.
- FERNÁNDEZ PALOMARES, F. y GRANADOS MARTÍNEZ, A. (eds.): «Sociología de la educación. Viejas y nuevas cuestiones», en *III Conferencia de Sociología de la Educación*. Málaga, Claves, 1994.
- FLECHA, R.: *La nueva desigualdad cultural*. Barcelona, El Roure, 1990.
- FRUTOS BALIBREA, L.: *VII Conferencia de Sociología de la Educación*. Universidad de Murcia, 2000. Edición electrónica en CD-Rom.
- GARCÉS, R. (ed.): *VI Conferencia de Sociología de la Educación*. Zaragoza, Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad de Zaragoza, 1998.
- GARCIA DE LEON, M. A.; DE LA FUENTE, G. y ORTEGA, F. (comps.): *Sociología de la educación*. Barcelona, Barcanova, 1993.
- GARRETA, J.: *La integració e l'estructura social de les minories ètniques: gitano i immigrants extracomunitaris a les províncies de Lleida i Osca*. Lleida, Servei de Publicacions, Universitat de Lleida, 1999.
- GIL VILLA, F.: *Teoría sociológica de la educación*. Salamanca, Amarú, 1994.
- *Sociología del profesorado*. Barcelona, Ariel, 1996.
- GUERRERO, A.: *Manual de sociología de la educación*. Madrid, Síntesis, 1996.
- *El magisterio en la Comunidad de Madrid*. Madrid, Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, 1993.
- JIMÉNEZ JAÉN, M.: *La Ley General de Educación y el movimiento de enseñantes (1970-1976). Un análisis sociológico*. La Laguna, Secretariado de Publicaciones de la Universidad de La Laguna, 2000.
- LERENA, C.: *Escuela, ideología y clases sociales en España*. Barcelona, Ariel, 3ª, 1986.
- *Reprimir y liberar*. Madrid, Akal, 1983.
- *Materiales de sociología de la educación y de la cultura*. Madrid, Zero, 1985.
- (ed.): *Educación y sociología en España*. Madrid, Akal, 1986.
- MONCADA, A.: *La adolescencia forzada*. Barcelona, Dopesa, 1979.
- ORTEGA, F. y VELASCO, A.: *La profesión de maestro*. Madrid, CIDE, 1991.
- ORTEGA, F.; GONZÁLEZ GARCÍA, E.; GUERRERO, A. y SÁNCHEZ, E. (comps.): *Manual de Sociología de la Educación*. Madrid, Visor, 1989.
- PIZARRO, N.: *Fundamentos de Sociología de la Educación*. Murcia, Godoy, 1981.
- SAN ROMÁN, S.: *Las primeras maestras*. Barcelona, Ariel, 1998.

- SÁNCHEZ FERRER, L.: *Políticas de reforma universitaria en España, 1983-1993*. Madrid, Instituto Juan March, 1996.
- SÁNCHEZ MARTÍN, J. M. (ed.): «Sociología de la educación», en *Actas de la I Conferencia de Sociología de la Educación*. Madrid, Edición de la Conferencia, 1991.
- SANCHÍS, E.: *De la escuela al paro*. Madrid, Siglo XXI, 1991.
- SUBIRATS, M.: *L'escola rural a Catalunya*. Barcelona, Edicions 62/Península, 1983.
- TABERNER GUASP, J.: *Sociología y educación*. Madrid, Tecnos, 1999.
- TERRÉN, E.: *Educación y modernidad*. Anthropos/Universidade da Coruña, 1999.
- VARELA, J. (ed.): *Perspectivas actuales en Sociología de la Educación*. Madrid, ICE de la Universidad Autónoma, 1983.
- *Modos de educación en la España de la Contrarreforma*. Madrid, La Piqueta, 1983.
- VARELA, J. y ORTEGA, F.: *El aprendiz de maestro*. Madrid, MEC, 1984.
- VARELA, J. y ALVAREZ-URIA, F.: *Arqueología de la escuela*. Madrid, La Piqueta, 1991.
- VV. AA.: *Sociedad, cultura y educación*. Madrid, CIDE-Universidad Complutense, 1991.
- *Volver a pensar la educación*. Madrid, Morata, 2 vol., 1995.